

JUAN ARTURO BRENNAN

# NOBILISSIMA VISIONE

A Gabriela

Era la alborada de los brujos, y un sol gris y nebuloso asomaba tras la montaña; Torvaldo y Dorliska despertaban apenas de su sueño. El viaje a través de la tierra de temporal había sido largo y cansado, y apenas la noche anterior habían abandonado el carnaval de Aix. Dorliska conservaba aún la máscara que la dama blanca había colocado sobre su rostro; alrededor del cuello de Torvaldo colgaban las tres piezas en forma de pera que había ganado en los juegos acuáticos.

Torvaldo se levantó y rodeó lentamente la roca tras la cual se habían refugiado para pasar la noche. Tendió la vista hacia el horizonte y la opaca luminosidad hirió sus ojos.

—Cuán bello brilla el lucero matutino —murmuró.

Sin apresurarse, volvió donde Dorliska. Ella se había quitado ya la máscara, y su pálida piel despedía difusas fluorescencias. Torvaldo se acercó a ella y le acarició la frente, diciéndole:

—Amor che deggio far...

Dorliska sonrió dulcemente, tomó la mano de Torvaldo y la colocó sobre su pecho. Cerrando los ojos, murmuró:

—Con ché soavitá.

Permanecieron así largo tiempo, hasta que la sombra de la roca comenzó a desaparecer. Dorliska abrió los ojos, soltó la mano de Torvaldo y se levantó. La alborada, en su inexorable evolución, dejaba paso al canto de las colinas.

Descendieron la ladera de la montaña y llegaron al paraje de Egdon, donde la multitud estaba congregada creando un ambiente festivo más alegre que el del carnaval que habían dejado atrás. A la entrada del paraje, se jugaban los juegos venecianos a la sombra de la estatua de Almira. Mientras las parejas jugaban, la hija del tambor mayor llevaba el compás en un enorme timbal de bronce. Torvaldo dijo al verla:

—Mucho ruido y pocas nueces.

Abriéndose paso entre la muchedumbre, Torvaldo y Dorliska se acercaron al Santo Sepulcro, que estaba rodeado de peregrinos y penitentes. Sobre la enorme lápida, la Péri entonaba las letanías a la virgen negra; la cacofonía se mezclaba con el cántico de los tres adolescentes, que más allá del sepulcro llevaban a cabo sus juegos tonales. Torvaldo y Dorliska se apartaron rápidamente, tapándose los oídos.

En el otro extremo del paraje de Egdon, sobre una pequeña colina, Magister Josephus impartía cátedra, pero sólo las piedras del camino lo escuchaban. Torvaldo y Dorliska se sentaron frente a él para oír. En la túnica de Magister Josephus estaban grabadas tres pequeñas liturgias de la presencia divina, y su larga barba cobriza estaba hecha de expresiones contrastadas. La voz de Magister Josephus era como un canto de Orfeo, y decía:

—Génesis, la más arcana de las muertes, la vida breve apenas armonizada por las canciones amorosas, y las metamorfosis que se convierten en redes que atrapan a la conciencia y que hacen que todas vuestras meditaciones sobre el Eclesiastés se conviertan en una toccata giocosa a la memoria de un caminante. ¡Oíd! ¡Oíd los gritos del mundo y las derivaciones del tiempo!

Magister Josephus descendió entonces de la colina y se acercó a Torvaldo y Dorliska. Los envolvió con su dulce mirada y les dijo:

—Buscad y hallaréis. Abrid las puertas y os será dado entrar. Preguntad y se os responderá todo en el viento de primavera. Despertad y tendréis en vuestras manos las metábolos y los pétalos caídos.

Después de decir esto, Magister Josephus dio la vuelta y comenzó a alejarse lentamente, hasta desaparecer. Torvaldo lo siguió con la vista y luego volvió la mirada confusa hacia Dorliska. Pero ella sí había comprendido. Señalando hacia el infinito, le dijo a Torvaldo:

—Ese es el camino del jardín del paraíso.

Entonces, ambos se levantaron y emprendieron el vuelo nocturno en busca de nuevas aventuras.

Transcurrieron las horas seculares e instantáneas y volvió a amanecer. Torvaldo y Dorliska habían hallado la ruta de Magister Josephus y se encontraban ya en el centro del Octandro. Ante ellos había dos cajas en forma de tetrágono. La primera era de marfil blanco; la segunda, de ébano negro. Torvaldo abrió la caja de marfil; en su interior halló seis metamorfosis según Ovidio. Dorliska se asomó a la caja, hizo un gesto negativo y la cerró. Luego abrió la caja de ébano y sonrió: en la segunda caja estaban los cinco manuscritos pnakóticos. Dorliska sacó los manuscritos, y en ese instante, las dos cajas desaparecieron. Torvaldo y Dorliska se dirigieron entonces a la cueva de Santa Ana para descifrar los manuscritos. El interior de la cueva estaba oscuro, pero al entrar ellos se iluminó con una incandescencia azulosa y fría. Ambos se sentaron sobre una roca y tomaron entre sus manos el primer manuscrito. En la cubierta había un hexagrama y un título: DE NATURA SONORIS. Abrieron el manuscrito y las imágenes salieron como un torrente.

En un gran anfiteatro de plata, los enanos bailaban tientos, acompañados por una extraña orquesta que interpretaba una fantasía casi rossiniana. En el coro, sobre el anfiteatro, un grupo de gárgolas interpretaba selecciones del Musick's Handmaid, al tiempo que las cariátides coreografiaban las danzas de Galanta. El estruendo crecía, y el bullicio amenazaba con romper la disonancia del concierto galante. Entonces, Dorliska cerró el manuscrito y lo dejó a un lado.

Torvaldo tomó el segundo manuscrito; sobre la primera página, en letras doradas, había una inscripción: COMMOTIO. Un tanto temeroso, Torvaldo abrió el manuscrito.

En el interior, la confusión era enorme; en lo que parecía un campo de batalla, Pierrot Lunaire cabalgaba frenéticamente sobre un caballo de bronce. Detrás de él, los Bandar-Log formaban un grotesco cortejo. A coro, los Bandar-Log recitaban proverbios alemanes de vida y muerte, creando un horrible estruendo. Afortunadamente, Pierrot Lunaire y su séquito se perdían en la bruma, y Torvaldo aprovechó esto para cerrar el manuscrito y dejarlo a un lado.

La incandescencia de la cueva comenzó a disminuir; Torvaldo y Dorliska debían darse prisa en conocer los manuscritos restantes. Dorliska tomó el tercer manuscrito y lo colocó sobre su regazo. El título del manuscrito estaba configurado por suaves letras líquidas que cambiaban constantemente de forma, y decían: LACRYMAE. Dorliska abrió el manuscrito; ella y Torvaldo se inclinaron para ver mejor.

En el salón principal de una mansión de cristal, dos semidioses dialogaban suavemente. Uno de ellos era el Burgués Gentilhombre; el otro era el llamado Chanticleer por su dulce y diáfana voz. Cerca de ellos, la sirvienta, como ama, recostada en un diván de mármol rosáceo cantaba tres canciones de Carlos de Orléans, y las repetía una y otra vez. El Burgués Gentilhombre quería cambiar el amor por tres naranjas. Pero Chanticleer le pedía los diamantes de la corona. El diálogo continuaba y no se ponían de acuerdo; la sirvienta comenzaba la enésima repetición de las canciones. Entonces, Dorliska se aburrió y dejó el manuscrito a un lado.

Torvaldo ya tenía entre sus manos el cuarto manuscrito y observaba su cubierta. Las letras de arena decían sencillamente: TRIPLUM. En efecto, al abrir el manuscrito, vieron

tres escenas.

En la primera, sobre una playa de trigo segado, un pescador murmuraba un poema para una pequeña concha marina. En la segunda, Rita la tejedora observaba la campiña húngara a través de una ventana. En la tercera escena, Rita y el pescador estaban juntos, entregados a sus penúltimos pensamientos; cada uno de ellos llevaba una espiga de trigo en la mano y estaban sumergidos en un mar de pequeñas conchas marinas. Torvaldo cerró el manuscrito al tiempo que la incandescencia de la cueva comenzaba a disminuir con mayor rapidez.

Dorliska levantó el último manuscrito y miró el título; las negras letras góticas destacaban sobre el fondo purpúreo: DONA NOBIS PACEM. Torvaldo la apuró, y Dorliska abrió el manuscrito.

En el interior del manuscrito había una cueva iluminada por una incandescencia decreciente; sentados en una roca, Torvaldo y Dorliska miraban un manuscrito en cuyo interior había una cueva iluminada por una incandescencia decreciente; sentados en una roca, Torvaldo y Dorliska miraban un manuscrito en cuyo interior había una cueva iluminada por una incandescencia decreciente; sentados en una roca, Torvaldo y Dorliska miraban un manuscrito...

La incandescencia se desvaneció del todo y la cueva quedó sumida en la oscuridad. Torvaldo y Dorliska se levantaron y salieron, dejando tras de sí los manuscritos.

En el exterior de la cueva, todo cambiaba de forma, de color, de lugar. La diacronía se hizo presente y la Nada se precipitó sobre ellos. Era el ocaso de los dioses y el amanecer de la luz.

